



VATICANO - AVE MARIA de don Luciano Alimandi - "Maria en el corazón del cristiano"

Ciudad del Vaticano (Agencia Fides) - La presencia de la Madre de Dios en nuestra vida está íntimamente ligada al proyecto de santificación y transformación que tiene el Padre, en Cristo, para cada uno de nosotros. Las palabras de Cristo "He aquí a tu Madre" (Jn 19, 27) son también las palabras del Padre entregadas en el Espíritu Santo a cada discípulo.

La Virgen Madre se preocupa especialmente de nuestra conversión que, naturalmente, depende de la vida de oración que nos abre a la vida de la caridad. Como en Caná, Ella siempre intercede por nosotros como Abogada de gracia. A la luz de este episodio debemos, como los siervos, estar disponibles a todos: llevar nuestra agua a Jesús para que la transforme en vino. Es nuestra nada, nuestra pobre humanidad, que viene cambiada en "otra cosa", en riqueza de Dios multiplicada hasta la superabundancia de su omnipotente mano.

La conversión del agua en vino es no obra humana, sino divina. Como en Caná, también en nuestras existencias, para que se realice este "milagro que transforma", es necesaria la presencia de la Madre de Jesús. Ella nos fue donada para que nos lo acogiéramos dentro de nuestro ser como el discípulo predilecto que lo acogió en su casa, entre sus bienes (cfr. Jn 19, 27b). Sin esta acogida consciente, personal y creciente de la Madre del Redentor en nuestra vida no se podrá dar el "milagro de Caná", de la conversión total al Señor. El vino nuevo, ese que cambia radicalmente el sabor de una existencia, solo se nos dará si aceptamos su intercesión y hacemos lo que Jesús dice, realizándolo junto a María que nos enseña a tener plena confianza en su Palabra, como Ella. Sólo así sentiremos el susurro que iluminará nuestro corazón con las palabras del testamento de María: "haced todo lo que El os diga".

Presencia discreta y escondida, sin embargo así "omnipotente" en el corazón de Dios, es la de María en la "casa del creyente". La Iglesia ha tenido experiencia de ello desde los principios: Pedro y los otros, en Caná, experimentaron la atención y la ternura de esa mirada y esa misteriosa palabra (cfr. Jn 2, 3-5) que se dio entre Cristo y su Madre; los apóstoles recogieron ese acuerdo perfecto, recogieron ese espacio de mediación materna y jamás olvidaron su eficacia. Fueron testigos y custodios al mismo tiempo de un Acontecimiento que la Iglesia siempre experimentará en el correr siglos: "¡la omnipotente intercesión" de María, su mediación materna, que se hace constante oración en cada una de nuestras necesidades y obtiene todo para nosotros y, sobre todo, por encima de toda, nuestra auténtica conversión, el mayor milagro en nuestra vida, el más bello a los ojos de Dios!

La maternidad de María hacia cada criatura es parte esencial del cristianismo, porque procede directamente del Corazón del Hijo que la confirmó en el centro de la Redención cuando, desde la Cruz, con las últimas fuerzas que le quedaban, proclamó, con un grito del alma: "He aquí a tu madre" y todos nosotros, representados por Juan, estamos llamados a acoger esta llamada de forma personal, respondiendo a nuestra vez con un "¡heme aquí mamá soy tuyo!" Sobre la relación filial del discípulo predilecto - y de todo auténtico cristiano - con Jesús y María, Orígenes, en el monumental comentario al Evangelio de Juan, escribe una página inolvidable:

"Las primicias de todas las Escrituras son los Evangelios, pero de los Evangelios la primicia es el de Juan. Nadie puede percibir su sentido, a menos que no haya descansado sobre el pecho de Jesús y no haya recibido de manos Jesús a María, como madre. Así tendrá que ser en efecto, quien quiera ser otro Juan, de quien - como de Juan - Jesús pueda declarar que es Jesús. Si en efecto... ninguno otro es hijo de María fuera de Jesús, y Jesús dice a la madre: "He aquí a tu hijo", que es como si dijera: "He aquí, éste es Jesús que tú has engendrado". Ya que todo perfecto ya no vive él sino que es Cristo quien vive en él; y si Cristo vive en él, de él dice a María: "He aquí Cristo tu hijo".

El Santo Padre Benedicto XVI, en la homilía de la Solemnidad de la Madre de Dios, a propósito de esta singular maternidad de María dijo: "María, Madre de Cristo, es también Madre de la Iglesia, como mi venerado predecesor el siervo de Dios Pablo VI proclamó el 21 de noviembre de 1964, durante el concilio Vaticano II. María es, por último, Madre espiritual de toda la humanidad, porque en la cruz Jesús dio su sangre por todos, y desde la cruz a

todos encomendó a sus cuidados maternos" (1° de enero de 2007). (Agencia Fides 17/1/2007, Líneas: 53
Palabras: 809)